

Luis Carlos López y la poesía moderna¹

FABIO MORON DIAZ*

I. Testimonio Personal

Para complacer a tan distinguido auditorio y para colaborar con la feliz iniciativa del presidente del Club de Abogados, doctor Jorge Enrique Molina, decidí analizar sin muchas pretensiones, porque no soy crítico literario, la figura y la obra del poeta Luis Carlos López, que desde mi juventud me suscitó profunda admiración, y les voy a explicar por qué con una anécdota:

Corría el año de 1954 y en el mes de junio se produjo el trauma político y social que dio término a la luna de miel con el gobierno militar imperante. Los estudiantes de la Universidad Nacional estábamos comprometidos en la celebración de los carnavales, con reinado estudiantil incluido y en el programa no se desconocía la actividad cultural. Se previó un ciclo de conferencias en la Biblioteca Nacional y a mi se me asignó una cuyos carteles de propaganda llegaron a publicarse. El día señalado para la conferencia era el 9 de junio de aquel año trágico y el tema que para esas calendas quizá tenía alguna novedad se titulaba "La poesía social de Luis Carlos López". Pero de pronto el asesinato de Uriel Gutiérrez el 8 de junio y al día siguiente el de los catorce compañeros estudiantes convirtieron a la universidad, a sus residencias estudiantiles y al país en un campo de batalla, en el que se formalizaron las primeras auténticas actitudes de oposición al régimen de la naciente dictadura.

¹ Conferencia dictada en el Club de Abogados.

* Abogado Universidad Nacional. Profesor de Derecho Constitucional. Periodista y escritor. Exdirector del diario Universal de Cartagena. Expresidente de la H. Corte Suprema de Justicia de Colombia.

El ensayo juvenil, que estaba escrito se perdió en los extravíos y mudanzas de aquellos días angustiosos y plenos de incertidumbre. Por las mismas circunstancias no fue reconstruido, ya que los tiempos no eran propicios para volver sobre los pasos perdidos. Pienso que de entonces a este tiempo algunas de las tesis que incipientemente se esbozaban en ese ensayo sobre la poesía de Luis Carlos López, han sido desarrolladas con lucidez y fortuna de críticos literarios profesionales, como Jorge Zalamea en su "Comedia tropical" (1962), Guillermo Alberto Arévalo en su "Obra Poética de Luis Carlos López", (1976), y en "La Sátira y la Antipoesía de Luis Carlos López" de James J. Alstrum (1986), entre otros.

Posteriormente, dediqué muchos años de mi vida en el periodismo a *El Universal*, el diario de Cartagena, fundado por el doctor Domingo López Escauriaza, ilustre político y periodista, hermano del poeta Luis Carlos López. Por eso durante mucho tiempo pude obtener testimonios de viva voz del insigne periodista sobre su hermano, su vida y su obra, algunos de los cuales expresó en una excelente columna que escribió en su propio diario, en forma de cartas al Director, con el pseudónimo de Nonagenario, desde el 10 de julio hasta el 20 de agosto de 1966. Es una lástima que tan valioso testimonio literario y humano no haya sido recogido en forma editorial, que permita su consulta permanente a los estudiosos de la obra del poeta.

De modo que estas circunstancias son las que me permiten traerles aquí el testimonio personal sobre un poeta cuya obra ha recibido el reconocimiento de la crítica especializada y cuyos valores literarios se proyectan por fuera de las fronteras patrias y en el prestigio de varias lenguas universales, sin que por ello en este país de don Rafael Núñez y Antonia la Pelada —como él mismo lo dijo— sea mucho el conocimiento que se tiene de la vida y la obra de Luis Carlos López, el singular e inimitable "Tuerto" de Cartagena de Indias.

II. César Fernández Moreno, en su excelente ensayo sobre "América Latina en su literatura" destaca cómo luego de la eclosión del modernismo en la poesía con su máximo pontífice Rubén Darío y con esa obra inmortal que es "Azul" y aquella nueva sensibilidad que se reiteró en *Cantos de vida y esperanza* porque era

Y muy Siglo dieciocho y muy antiguo
y muy moderno: audaz, cosmopolita
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo
y una sed de ilusiones infinita

Surgen a partir de los años veinte dos tendencias: la de aquellos poetas que reaccionaban contra ciertos actos del modernismo, para enmendar excesos o defectos, a la que se llamó posmodernista y la de otros, más audaces, que querían llevar hasta sus más radicales consecuencias las tendencias del modernismo hacia la reacción individual y la libertad del artista, negando y destruyendo el pasado, a la que llamó ultramodernismo. Las formas de reacción de los primeros búsqueda de la simplicidad y la intimidad lírica, reacciones contra la tradición clásica, contra el romanticismo, contra el prosaísmo sentimental o contra la sensibilidad y las formas modernistas por medio de la ironía, nos advierten ya que en esta línea figuraban quienes preferían variaciones moderadas del gusto y de los temas, aunque ello no excluya que en este grupo aparezcan poetas tan originales e interesantes como los colombianos Porfirio Barba Jacob (1883-1942) y Luis Carlos López (1883-1950)²

Este concepto del destacado crítico citado también es compartido por un juicioso y meritorio analista de la obra de López, James J. Alstrum, en su ensayo titulado *La Sátira y la Antipoesía de Luis Carlos López*, publicado por el Banco de la República. Este autor, si bien reconoce que entre los modelos literarios que suscitaron la escritura antipoética de López figuran en primer plano los nombres de José Asunción Silva, Julio Herrera y Reissig, Guillermo Valencia, y desde luego, Rubén Darío, señala cómo la actitud de López es la del poeta rebelde por excelencia a toda la tradición lírica nacional, como lo enfatizó el maestro Rafael Maya al decir "En este país de abundante lirismo y de caudaloso ritmo sentimental, los versos de Luis Carlos López constituyen un reto y un desafío. Desentonan abiertamente con toda la tradición poética colombiana"³.

Original, antirromántico, rebelde a toda la tradición lírica colombiana, realista y con connotaciones de poesía política y social, son las notas que destacaremos de la obra formidable del poeta cartagenero, con fama ciertamente universal.

III. Recojamos los principales datos biográficos. Luis Carlos López Escauriaza nació en Cartagena el 11 de junio de 1879, hijo de don Bernardo López Besada y de doña María Concepción Escauria-

2 César Fernández Moreno, *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI Editores, 1986, pág. 87.

3 James J. Alstrum, *La sátira y la antipoesía de Luis Carlos López*, Bogotá, Colección Bibliográfica del Banco de la República, 1986.

za Iriarte. Fue el mayor de once hijos, entre los que se destacó el ya mencionado doctor Domingo López Escauriaza, insigne periodista, político, exgobernador del Departamento, exembajador de la República y uno de los más reconocidos dirigentes liberales de Cartagena y de Bolívar por su ilustración y rectitud. Luis Carlos López hizo sus estudios de medicina en la Universidad de Cartagena, que se vio obligado a suspender por las incidencias de la guerra civil de los mil estudios de Medicina en la Universidad de Cartagena, que se vio obligado a suspender por las incidencias de la guerra civil de los 1.000 días. López contrajo matrimonio con doña Aura Marina Cowan Tono, con quien tuvo tres hijos: Bruno, Marina y Carlos José.

Ante tales circunstancias, Luis Carlos López y sus hermanos se dedicaron al comercio con su padre, trabajando en el Almacén "Bernardo López e Hijos" y al morir el progenitor el establecimiento cambió su nombre por el de "López Hermanos". El almacén también participaba del concepto de librería, en donde finalmente se formó una tertulia literaria. Es fama que allí se mantenía una vinculación con lo último que se publicaba en Europa, especialmente en Madrid y París, y de ahí que tanto Luis Carlos como su hermano Domingo mantuviesen una muy vasta y profunda información literaria y política, y que allí llegaran, según las reglas de la época, fácilmente las importaciones de los libros de las grandes capitales europeas y de latinoamérica. Por eso Luis Carlos y Domingo especialmente tenían un conocimiento de primera mano de la obra de Unamuno y Machado y de todos los grandes escritores de la generación del 98. Además conocían muy a fondo los clásicos, y los escritores franceses, alemanes y rusos. De ahí que no fuera malicioso el gracejo que apuntaba que los mejores clientes de los libros importados eran los propios hermanos López Escauriaza...

Como todo colombiano que se respete, Luis Carlos López estuvo tentado por el demonio de la política. En 1913 fue candidato a la Cámara de Representantes por el partido republicano que lideraba el expresidente Carlos E. Restrepo, de quien fue admirador y amigo. Sin embargo, con las costumbres electorales de la época, que después se han agudizado en el sentido que todos conocen, no tuvo la oportunidad de llegar al Congreso, lo que si pudo alcanzar su hermano Domingo, pero en otra época y bajo excepcionales circunstancias.

Superado este episodio, Luis Carlos López dirige sus energías al periodismo. Funda revistas literarias como *Líneas y Rojo y Azul*, y el periódico *Juventud*, en donde según Arévalo, publicó sus primeros

poemas. En 1915 fundó en Cartagena *La Unión Comercial*, dirigida por él y por sus hermanos Domingo y José Guillermo López Escauriaza, y que tenía la particularidad de que se editaba en español y en inglés, lo que da la medida de las cosas singulares que ocurren en Colombia, sobre todo si se tiene en cuenta que apenas cifraba el año de 1915. Si bien el periódico tenía un objetivo comercial, como lo indicaba su nombre, no por ello no se incluyeron temas y debates sobre los aspectos económicos y sociales.

La primera versión de *Por el atajo*, la editó Luis Carlos López en 1920, que tiene una edición definitiva en 1928. Mientras tanto, colabora con su hermano Domingo que ya había fundado *La Patria*, hasta cuando en 1928 es nombrado cónsul en Munich. A su regreso dirige la Imprenta Departamental de Bolívar y la Biblioteca Fernández de Madrid, tan vinculada a la tradición y ejecutorias de la Universidad de Cartagena. En 1937 ocupa un nuevo consulado, esta vez, el de Baltimore, por gestión del expresidente Eduardo Santos. En estos intermedios su presencia es vital en el Bodegón, una tertulia que bajo la dirección del rey don Jacob Del Valle reunía lo más granado de la inteligencia y de la bohemia de la ciudad amurallada y colonial.

Los últimos años de su vida fueron apacibles, rodeado del afecto de su familia y de quien se constituyó finalmente en el jefe de todos sus hermanos: el doctor Domingo López Escauriaza, quien por sus virtudes personales dirigía con su autoridad las relaciones familiares. En Cartagena murió el 30 de octubre de 1950.

La obra de López, como aparece reseñada por sus últimos autorizados comentaristas, apareció publicada así:

De mi villorio, Madrid, Imprenta de la Revista de Archivos, 1908.

Posturas difíciles, Madrid, Librería de Pueyo, 1909.

Varios a varios, publicado conjuntamente por Muis C. López, Abraham Z. López Penha, y Manuel Cervera, Madrid, Librería Pueyo, 1910.

Por el atajo, Cartagena, J.V. Mogollón & Cía. 1920.

Por el atajo, segunda edición, Cartagena, s.p.s. 1928.

Por el atajo, México, Librería y Ediciones Botas, S.A. 1966.

Por el atajo, Cartagena, Editora Bolívar, 1975.

Además existen numerosas antologías, entre ellas la *Comedia Tropical*, de Jorge Zalamea, pero sorprendentemente a los críticos y estudiosos se les ha escapado mencionar la primera quizá, por la que la poesía de Luis Carlos López empezó a divulgarse y que es la de los

cuadernillos de Poesía de Simón Latino, pseudónimo que correspondió en vida al escritor, profesor y jurista Carlos H. Pareja.

IV. Luis Carlos López y Cartagena

Para tener una mejor comprensión de la personalidad de Luis Carlos López hay que situarlo en la Cartagena de Indias en donde desarrolló su parábola vital. La Cartagena de principios de siglo era una pequeña ciudad de más o menos treinta mil habitantes, como lo apuntan los exégetas de su obra. Y eso dentro del contexto del país que también demoraba en su crónico subdesarrollo y atraso, aumentado con las secuelas de las continuas guerras civiles. Era un país de economía pastoril, apenas en el proceso de dar sus primeros pasos en la organización institucional, pues la célebre Constitución de 1886 que lo había definido como una República unitaria casi que no se cumplía por la prevalencia de unas disposiciones transitorias y el hecho político y social de una guerra civil que destruyó toda seria política de integración y progreso y produjo a poco el doloroso cercenamiento de Panamá, como secuela de tantos errores históricos de ambos partidos tradicionales. Es, precisamente en 1910, en donde se produce una solución típicamente colombiana entre los partidos para tratar de superar la crisis institucional y política, con un entendimiento entre ellos para garantizar elementales derechos políticos y el respeto a las normas de la Constitución Política, con el establecimiento de un régimen de control constitucional por vía de acción pública y de excepción, con todo lo cual se adelanta este sistema jurídico inclusive a la obra de las naciones más civilizadas de Europa. Son estas las sorpresas y enormidades que se producen en el trópico y a las cuales no son ajenas las originalidades de un poeta como Luis Carlos López.

Naturalmente, no a título de homenaje y exaltación, sino como objetivo juicio histórico, es preciso reconocer que Cartagena tiene un papel protagonista en la vida de la nación, desde los tiempos coloniales. Allí están las investigaciones históricas de ese gran humanista que es don Eduardo Lemaitre Román, en su magna *Historia de Cartagena*, de don Nicolás del Castillo Mathieu y de don Ramón de Zubiría, para demostrar este aserto. Pero así como los pueblos tienen un alto período de desarrollo, lo encuentran también de decadencia y atraso. Y, por desgracia, la época bajo la que vivió y escribió Luis Carlos López es una de decadencia. La que se ha llamado ciudad-museo apenas suspiraba por el recuerdo de las glorias pretéritas. Por eso la ciudad no desarrolla sus potencialidades económicas y sociales y queda convertida en una modesta parroquia.

Un villorrio, como dijo su poeta, que ni siquiera tuvo la capacidad de comprenderlo.

Pero no sólo era Cartagena para decirlo en términos que tengan alguna objetividad y ponderación. Desde comienzos de siglo y apenas llegado a 1930, el país vivió un período en suspenso, casi detenido, no obstante que en el interregno se produce nada menos que un episodio tan fundamental como la primera guerra mundial. Pero la política y el gobierno vivían “un dejar hacer y un dejar pasar” que carecían de dirección y estímulo, para una nación que no se integraba a la dinámica de la vida económica, social y política del mundo, y ni siquiera de Latinoamérica.

Hay un soneto de Luis Carlos López que retrata magistralmente esta situación, y que recoge su protesta cuando se ve obligado a clausurar su revista *Líneas*, y que representa la connotación política y social, que constituye sin lugar a dudas uno de los méritos fundamentales de su poesía: Hélo aquí:

“Mi burgo”

(Con motivo de tu muerte, Líneas)

“Señor, ten piedad de tu pueblo y sálvalo de la ruina”

Jeremías cap. V, 7o.

*Los mismos rudimentos de hace tres siglos... Nada
de una protesta. Todo completamente igual:
callejas, caserones de ventruda fachada
y un sopor, un eterno sopor dominical.*

*Población anodina, roñosa, intoxicada
de incuria —aquella incuria del tiempo colonial—
con su falsa nobleza de acéfalos, minada
por el fraile y la hueca política venal.*

*Pobre tierra, caduca tierra que tanto quiero,
que hoy rumia mansamente su estolidez, venero
de las intransigencias del medio parroquial,
que aún vive —si es acaso vivir en la atonía
de lo incurable— bajo la risueña ironía
de un cielo azul, de un cielo siempre primaveral...*

Pero también, en contraste con esta actitud, qué amor a su ciudad demostró siempre el poeta de la sátira incorregible. Si no que lo diga su soneto cuando lo nombraron cónsul en Munich:

“Adiós”

*¡Adiós, rincón nativo!... Me voy y mi pañuelo
parece un ave herida que anhela retornar
mientras singla el piróscabo, bajo el zafir del cielo,
cortando la infinita turquesa de la mar.*

*¡Nunca podré olvidarte, noble y heroico suelo
de mis antepasados!... No te podré olvidar
ni aun besando a una chica que sepa a caramelo
ni aun jugando con unos amigos al billar...*

*Pero al imaginarme que no pueda un día
tornar a tu recinto, ¡con qué melancolía
contéplote a lo lejos, romántico rincón!...*

*Porque ¡ay! todo es posible, no exótico y extraño;
si el destino de pronto me propina un buen baño
para darle una triste pitanza a un tiburón...*

V. López, el estilo y el paisaje

La poesía de López es para gustarla y regustarla. No es una sola característica la que hace de él un poeta singular y ejemplar. Si pensamos en su época, en la tradición que le antecedió, en el contexto de la literatura, López aparece como protagonista de una gran innovación literaria. Y que haya sido en la Colombia de Guillermo Valencia, con una obra poética que por otros aspectos merece respeto, pero también de Julio Flórez, de Roberto Mac Douall, aquel de “Permite Dios Poderoso que yo clave esta bandera, donde se mece altanera la del español odioso” que todos aprendimos en la edad primera, o de tantos valores que merecen la consagración colectiva, sin duda alguna hay que admitir que Luis Carlos López es insular, singular, descubridor de nuevos horizontes en la tierra de la literatura y de la poesía, no sólo a nivel nacional sino universal.

Apenas como una alusión para el caso, recordemos la manera ejemplar como pinta el paisaje tropical:

“Una viñeta”

*Tarde sucia de invierno. El caserío,
como si fuera un croquis al crayón,*

*se nunda en la noche. El humo de un bohío,
que sube en forma de tirabuzón,*

*mancha el paisaje que produce frío,
y debajo de la genuflexión
de la arboleda, somormuja el río
su canción, su somnífera canción.*

*Los labradores, camellón abajo,
retornan fatigosos del trabajo,
como un problema sin definición.*

*Y el dueño del terruño, indiferente,
rápidamente, muy rápidamente,
baja en su coche por el camellón.*

VI. Luis Carlos López y los personajes

¿Por qué Luis Carlos López es inmortal y está destinado a conservar esta difícil condición a través de los años, quizá de los siglos? Porque transcurrirá el tiempo inexorablemente, desaparecerán las vidas y las cosas, pero el testimonio que él dejó sobre la realidad de su parroquia aparecerá indemne, como documento precioso para reconstruir lo que fue la sociedad de su tiempo. Y eso se advierte especialmente, en los personajes cuyas características, vivencias, emociones, triunfos, amarguras y frustraciones diseñó para la historia. El alcalde, el barbero, el zagalón de Pepe, su española raza, sus burdos vecinos, el noble amigo Juan de Dios, el discípulo, las muchachas solteronas, sus propios contertulios, los políticos, todos sus personajes forman a manera de un gran catálogo, con sus virtudes y sus defectos, clavados sin misericordia en esa óptica invulnerable del genial humorista doblado de poeta.

Como un ejemplo que recoge en breves trazos el fenómeno, recordemos:

“Mi española raza”

*Del seminario,
mientras las campanas
citan para el rosario,
van saliendo sotanas y sotanas...*

*Después, tras la eminente
nulidad de un político, en la acera
de enfrente
luce su desparpajo una ramera.*

*Y delante de mí, cerca a un mendigo
de hosco sombrero
y de peludo ombligo
pasan dos militares y un torero.*

VII. Luis Carlos López y la crítica social

Hay un sector de la crítica literaria que quiere presentar a Luis Carlos López —el “Tuerto López”, como se le conoce familiarmente, a pesar de que no era tuerto sino bizco, como una figura adocenada, formal, cuya literatura era un puro divertimento, sin mayor trascendencia en la descripción y análisis de su sociedad y de su tiempo. A eso nos referíamos en aquel incipiente ensayo de la juventud que se extravió en los tremendos sucesos de 1954. Pero creemos que es oportuno retomar la línea de ese pensamiento, sin llegar a exageraciones que no se explican con una debida ponderación de las circunstancias y la vida de Luis Carlos López. Aquí es donde se presenta la dicotomía entre la vida del artista y de su obra. No importa que Luis Carlos López no haya sido un militante de la política, ni un revolucionario frente al sistema de vida en que desarrolló su existencia. Pero su obra —su poesía singular y ejemplar— queda como un testimonio crítico de una situación de injusticia social y de un sistema de antivalores que de seguro se proyecta con trascendencia en la literatura y en la historia de Colombia.

Valgan apenas, como muestras, estas poesías de Luis Carlos López; qué mejor definición de un burgués que la siguiente:

*Procura, mientras muere la mies en la cizaña,
flexible cual felino que avizora el ratón,
medir el salto... Y luego... ¡que gire la cucaña
de la vida! — No hay fuerza contra la tradición*

*Flota como la espuma, zurce tu telaraña
y sé tan multiforme como un líquido. Con
la improbable paciencia del pescador de caña,
subirás poco a poco de escalón a escalón.*

*Después, atiborrado de honores y dinero,
gasta gorro y pantuflas cabe la lumbre. Pero
para hacer estas cosas sujétate a la ley*

*de todas las divinas y humanas tonterías,
sin asomo de pena, sin torpes rebeldías,
fingiendo la indulgente pasividad del buey.*

Y qué tal la esposa del banquero en “De sociedad”

*La esposa del banquero, flaca y fría,
que hace música. Yo
junto al Pleyel, tenía
toda la flema de un anglosajón.*

*Se prolongaba con alevosía
y premeditación
la sonata. Mi tedio me decía
bostezando: ¿por qué no anda el reloj?*

*Y luego, para colmo
de peras en el olmo,
tuvimos que aplaudir*

*a la señora del señor pudiente,
pensando injustamente:
¿pero por qué Mozart no fue albañil?*

Arévalo dice en su obra que el “Despilfarro VI” nada tiene que envidiar a las mejores poesías españolas de la guerra civil, pero ¿será necesario recurrir a la referencia extranjera, si se tienen en cuenta los horribidos episodios transcurridos en Colombia, en la década de los ochentas? He aquí esa poesía:

*Le fusilaron esta
madrugada,
como si fuese un criminal.
¿Y la social
protesta?
Ninguno dijo nada.*

*Y aún vibra todavía
dentro de mi — ¡qué amarga*

*tontería!—
la descarga de la fusilería.*

Si tenemos en cuenta la biografía de López, la época difícil, desde el punto de vista político y social en que le tocó vivir, para qué hay que buscarles segundas intenciones a estos versos:

*La sombra, que hace un remanso
sobre la plaza rural,
convida para el descanso
sedante, dominical...*

*Canijo, cuello de ganso,
cruza leyendo un misal,
dueño absoluto del manso
pueblo intonso, pueblo asnal.*

*Ciñendo rica sotana
de paño, le importa un higo
la miseria del redil.*

*Y yo, desde mi ventana,
limpiando un fusil, me digo:
—¿Qué hago con este fusil?*

Y si del problema específicamente social se trata, qué mejor que esta descripción del usurero de la parroquia:

“Fabulita”

“¡Viva la paz, viva la paz!”...

*Así
trinaba alegremente un colibrí
sentimental, sencillo,
de flor en flor...*

*Y el pobre pajarillo
trinaba tan feliz sobre el anillo
feroz de una culebra mapaná.
Mientras que en un papayo
reía gravemente un guacamayo
bisojo y medio cínico:*

—¡Cuá, cuá!

Y finalmente para reproducir tipos y costumbres de la política en boga, qué mejor que recordar:

“Mitin”

*Se salió de plumada
la colectiva estupidez, camino
del rebenque, del atajo y la picota.*

*Apóstol del Derecho, un petardista
de frac y cubilete
volcó sobre la turba
de los descamisados
todo un cajón de frases...*

*Su vibrante discurso
causa fue de apoplético entusiasmo,
que tuvo que sangrar tranquilamente
la científica guardia pretoriana,
con el cañón y con la bayoneta.*

*Y yo, del caballete de un tejado,
miré la rebujiña
—como soy Apóstol del Derecho—
con toda la frialdad de un erudito.*

“A un perro”

*¡Ah, perro miserable,
que aún vives del cajón de la bazofia,
—como cualquier político— temiendo
las sorpresas del palo de la escoba!*

*¡Y provocando siempre
que hurtas en el cajón pleno de sobras
—como cualquier político— la triste*

*protesta estomacal de ávidas moscas!
Para después ladrarle
por las noches, bien harto de carroña,
—como cualquier político— a la luna,
creyendo que es algún queso de bola...*

VIII. Luis Carlos López, poeta universal

Luis Carlos López, el poeta de Cartagena de Indias, original, singular realista, crítico social, cada vez aparece más vivo en la literatura. Tiene un valor universal intransferible, por haber sido tan auténtico, tan pegado a su "corralito de piedra", con residencia en la tierra, hasta el punto que, en cualquier parte del mundo, el pequeño universo que describe y sus personajes se incorporan a la propia realidad. La parroquia de su tiempo tiene sus equivalencias económicas y sociales en cualquier parte del mundo y también idénticos personajes. Por eso sus personajes tienen aliento vital tanto en Argentina, como en España y en China o en Rusia. Un lenguaje universal, creado a partir de la autenticidad para describir un mundo real, pasea hoy por el mundo en el lenguaje de humor de Luis Carlos López.

Es la comprobación de un concepto de Guillermo de Torre, citado por Otto Morales Benítez, en uno de sus más lúcidos ensayos: "Todo el proceso intelectual de hoy, puede resumirse aceptando que lo que existe son obras vivas y artistas más vivientes aún".

Cada vez más, Luis Carlos López desplegará el nombre de Cartagena y de Colombia a nivel universal, con sus versos inmarcesibles:

"A mi ciudad nativa"

*Noble rincón de mis abuelos: nada
como evocar, cruzando callejuelas,
los tiempos de la cruz y de la espada,
del ahumado candil y las pajuelas...*

*Pues ya pasó, ciudad amurallada,
tu edad de folletín... Las carabelas
se fueron para siempre de tu rada
¡Ya no viene el aceite en botijuelas!*

*Fuiste heroica en los años coloniales,
cuando tus hijos, águilas caudales,
no eran un caterva de vencejos.*

*Mas hoy, plena de rancio desaliño,
bien puedes inspirar ese cariño
que uno les tiene a sus zapatos viejos...*